

Oposición de raza y cultura en el pensamiento antropológico mexicano

GONZALO AGUIRRE BELTRÁN

El siglo decimonono se caracterizó, particularmente, por la preocupación incansable que puso en definir al hombre de acuerdo con sus rasgos físicos así como por explicar, con base en las diferencias somáticas, la diversidad de la cultura humana. El racismo, el darwinismo social, el colonialismo y otras formas de explotación capitalista contribuyeron a elaborar una ideología que sirvió como *rationale* de la subyugación de grupos étnicos, como los indígenas americanos, que habían quedado rezagados en su evolución política. Los pensadores mexicanos comprometidos en la creación de la idea de nacionalidad usaron el concepto raza de muy variadas maneras; las más de las veces describieron con él a grupos humanos que compartían ciertos rasgos heredados sumamente visibles, como el color de la piel, con características adquiridas, como el lenguaje, la religión, la economía y otras más, a las que asignaron incapacidades específicas.

Los sectores de población que componían el país quedaron de este modo definidos por la naturaleza de su constitución, a la que se le relacionaron disposiciones y cualidades morales, intelectuales y volitivas al parecer innatas. Este traslape de biología y ciencia social tuvo una prolongada supervivencia, mas comenzó a acusar la determinación de sus elementos opuestos cuando el positivismo comtiano separó los hechos sociales de los orgánicos e inorgánicos y, con la fundación de la sociología, llegó finalmente a postular un nuevo credo científico. A principios del presente siglo habían quedado establecidas como verdades absolutas dos aserciones, contrarias a las del siglo anterior, a saber: 1) que las diferencias raciales no están significativamente relacionadas con variaciones en inteligencia o con cualesquiera otras capacidades socialmente trascendentes;

y 2) que la diversidad de logros entre las razas es resultado del ambiente social y no de la herencia, el clima o la topografía.¹ En el credo del pasado tiene sus raíces el racismo, en el credo del presente la objetividad positiva, entre ambos hay una gama de matices que corren de uno a otro extremo según el momento en que se encuentra el desarrollo científico de cada país.

El pensamiento antropológico mexicano, en términos generales, tiene sentada fama de no racista; cuando menos en los extremos. La calificación de infame y mala raza que recibió el negro y los productos de su generación con indios y europeos, al tiempo de la colonia, más se refería —se nos dice— a la condición social y a la calidad de la doctrina religiosa que a las características raciales de las personas. La limpieza de sangre que se exigía a quienes aspiraban a una posición en el grupo dominante hacía hincapié, ciertamente, en la evidencia de hallarse libre de toda mala raza o mácula, pero también pedía del solicitante que fuese hijo legítimo, nacido de padres honrados, cristianos viejos, sin mezcla de moros, ni judíos ni otra secta reprobada.²

Humboldt parece resolver el dilema al hacer una obligada distinción entre la metrópoli y sus colonias: “En España —dice— es una especie de título de nobleza no descender ni de judíos ni de moros; en América la piel, más o menos blanca, decide el rango que ocupa el hombre en la sociedad.”³ No podía ser de otra manera si la metrópoli colonial deseaba conservar el sistema de explotación que tan laboriosamente había construido. Es bien sabido que el establecimiento de la dominación colonial se basa en el funcionamiento de mecanismos dominicales entre los cuales la segregación racial es uno de los más sustantivos y constantes. La traza de una línea de color entre la casta dominante y las castas subordinadas implicó, necesariamente, la existencia de una conciencia racista.

No obstante ello, parece también incuestionable que esta conciencia era especialmente vigorosa en cuanto concierne al negro y sus mezclas y mucho menos sensible en lo que atañe al indio y los productos de su amalgama con el blanco. Entre conquistadores y pobladores hubo quienes casaran con indias principales y si no lo hicieron con indias del común debióse a la abyección de su *status* social y no a la naturaleza de su casta. Los mestizos resultantes de esta mezcla, cuando engendrados en legítimo matrimonio, gozaban de los derechos y prerrogativas de los españoles.⁴

Esto nos explica la paradoja que a cada paso emerge si se contrastan las ideas políticas y sociales del siglo de la Independencia con los hechos tal y como efectivamente se realizaban. La igualdad

de aptitudes para la vida civilizada y la creatividad cultural de indios y criollos no sólo fue aceptada sino que aun se llegó a proponer, desde muy temprana fecha, la desaparición del término raza por concitar opiniones contrarias a la integración nacional. En 1864, don Francisco Pimentel proclamaba: "Queremos, pues, que el nombre de raza desaparezca de entre nosotros, no sólo de derecho sino de hecho."⁵ Empero, todos también se niegan a reconocer al negro iguales capacidades.

Del mismo Pimentel es el juicio que sigue: "Si acaso es cierto que la capacidad intelectual del hombre puede medirse por la extensión del ángulo facial... resulta que el examen hecho de algunos cráneos mexicanos es favorable a los indios pues tienen un ángulo... aun de 80°. Esta última medida es la que corresponde a las cabezas de la raza más inteligente, la europea: los negros apenas miden cosa de 70°."⁶ Antes que don Francisco, el padre Clavigero había escrito: "¿Puede imaginarse un conjunto más opuesto a la idea general que tenemos de la belleza y de la perfección del cuerpo humano que un hombre fétido, cuya piel es negra como la tinta, la cabeza cubierta de lana negra en lugar de cabello, los ojos amarillentos o rojos, los labios gruesos y negruzcos y la nariz aplastada?"⁷ Mucho tiempo después, don Justo Sierra había de expresar parecida aversión en una frase contundente: "El negro oscurece toda cuestión social."⁸

En lo general, el pensamiento antropológico en México ha tratado deliberadamente de sumergir en el subconsciente al negro. Cuando los hombres de letras discurren sobre las raíces de nuestra nacionalidad se refieren única y exclusivamente al indio y al blanco, ni por un instante pasa por sus mentes la idea de que el negro pudo haber sido una raíz robusta del árbol frondoso. Si se ocupan del mestizaje y proponen la fusión de razas están pensando una vez más en el indio y el blanco; los conservadores con el propósito premeditado de blanquear el país, los liberales tal vez con el mismo fin, aunque no lo manifiestan. Ni unos ni otros discuten la mezcla con el negro, antes bien la rehúyen.

No es, pues, una ocurrencia fortuita que en México los estudios afro-americanos carezcan de simpatía. En ninguna universidad o instituto de investigación es posible localizar una persona, para no hablar de un departamento, que tenga interés en desentrañar los antecedentes africanos de nuestra composición genética y cultural o que se dedique a recoger las formas de vida étnica de los grupos negros que aún conservan su identidad en unas pocas regiones del país. En 1946 el que esto escribe concluyó una obra que vino a ser

la primera parte del estudio etnohistórico de la población negra de México; en 1958 publicó la parte complementaria de tal estudio, el esbozo etnográfico del pueblo negro de Cuijla, contrastando el pasado con el presente. Ambas obras han sido discutidas y sirvieron de inspiración a un cierto número de investigadores en diversos países latinoamericanos, particularmente en lo que concierne al origen tribal de los esclavos; en México no han merecido igual fortuna ni han podido estimular la continuación de la pesquisa que aún permanece en su condición de única y pionera.⁹

La paradoja reside en el hecho de que la mala raza, tan recusada por el estudioso, no encontró graves obstáculos para integrarse en la sociedad nacional apenas ésta quedó legalmente constituida; no hubo discriminación en su contra, ni seria interdicción, para que ocupara una posición en la estratificación de clases que venía tomando forma. En cambio el indio, para quien se convino paridad, todavía hoy permanece segregado configurando una multiplicidad de minorías étnicas y culturas plurales. Resulta evidente que las expresiones del pensamiento antropológico y aun la descripción aparentemente objetiva de la situación social durante el pasado siglo, no siempre correspondía a la realidad y que en muchos casos no fueron sino reificaciones en que se apoyaban postulados de acción. En otro lugar hemos discutido con detallado pormenor el contexto de la integración negra a la nacionalidad;¹⁰ volvamos, pues, al indio.

La equivalencia de éste y el criollo, por supuesto, no siempre fue plenamente aceptada en teoría. El doctor don José María Luis Mora, quien guardaba por los indios muy poca estimación, explicaba el estado indeseable de los “cortos y envilecidos restos de la antigua población mexicana” por su peculiar constitución biológica que influye en el color de la piel, en sus fuerzas físicas, en sus facultades mentales y en las industriales.¹¹ En ella fundó la diversidad de sus aptitudes y facultades; pero de esa diversidad, con muy buen juicio, no desprendió la superioridad de una raza sobre la otra porque nunca se había definido con exactitud qué es lo que debe constituir esa superioridad. Mora fue contemporáneo de indios ilustres, como Montaña y Rodríguez Puebla, que brillaron intensamente en los años de la Independencia y en los que inmediatamente después le siguieron; aunque insurgente el uno y conservador el otro, ambos fueron ejemplos vivos de capacidad intelectual. Teniendo tan a la mano la evidencia, Mora no tuvo menos que afirmar:

Se parte de un principio cierto y se deducen de él consecuencias erráticas. El principio es que la diversidad de conformación funde la

diversidad de facultades y esto nadie puede dudar. Pero de esta diversidad de aptitudes se deduce la superioridad de unas razas sobre otras y éste es un error imperdonable. La verdad es que las razas mejoran o empeoran con los siglos, como los particulares con los años y que en aquéllos y en éstos lo puede todo la educación.¹²

Mora ha sido considerado como precursor de las ideas positivas en nuestro país, no sin cierta razón. La manera como enfoca el problema de las razas, aun cuando en nuestros días no sería científicamente aceptable, no deja por ello de representar una posición avanzada. Hay en él manifiesta incertidumbre cuando atribuye a la educación la posibilidad de modificar patrones de conducta que supone determinados por la raza, lo que les da carácter inmutable. Pero es necesario tener en cuenta que en su tiempo la antropología aún no había ideado el concepto de cultura ni distinguía entre lo correspondiente a la constitución física y lo que pertenecía a la estructura social. De cualquier modo don José María Luis, al rechazar la noción de una superioridad racial fundada en la diversidad de facultades, sentó un precedente que años después habían de seguir los positivistas mexicanos de la escuela de Comte. Éste, como es bien sabido, con base en las ideas de Blanville, hace originar las diferencias raciales de la influencia del medio y de la herencia; pero, además, acepta y defiende que cada una de las razas, en el curso de su formación, ha desarrollado distintas facultades del aparato cerebral. Así, la raza blanca se distingue por la inteligencia especulativa, la amarilla por la actividad y la negra por la afectividad. No se puede, pues, hablar de la superioridad de una raza con relación a las otras, ya que cada una de ellas se complementa con las demás.¹³ El concurso de las tres razas es necesario para que la humanidad alcance el estadio final del progreso.

La preocupación por la diversidad racial llevó a don Ignacio Ramírez, el Nigromante, a postular pasada la mitad del siglo, la inevitabilidad de la fusión de todas ellas para llegar a la transformación de la especie humana. "El hombre de los siglos venideros —asentó— no podrá lisonjearse de la unidad de su procedencia, su sangre será al mismo tiempo africana, esquimal, caucásica y azteca."¹⁴ Don Ignacio se introdujo con fervorosa exaltación en el campo apasionante de la raciología científica de su época y combatió la teoría monogénica del origen humano sostenida por la iglesia católica, en gran parte, como afirmación de su ateísmo; pero ello no le hizo propugnar por un mundo dividido en razas diferentes sino, contrariamente, por un comercio entre todas ellas cuyo

resultado terminal sería una raza cósmica, “no muy diferente —dice Stabb— de la que Vasconcelos describiría medio siglo después”¹⁵

La posición equitativa de los pensadores no evitaba, por supuesto, la discriminación en la práctica de las relaciones interétnicas. Pimentel nos hace saber que en su siglo los blancos todavía despreciaban a los indios y que había personas que, para exagerar lo malo de un sucedido, decían: “eso es indigno de hombre de cara blanca”.¹⁶ La discriminación en algunos casos llegó a institucionalizarse, especialmente en los Estados con abundante población india, donde se dispusieron penas diferenciales para naturales y gente de razón. Estas preconcepciones alcanzaron una mayor intensidad a medida que se sometía más y más al indio a la servidumbre del peonaje y se elaboraban racionalizaciones destinadas a justificar ante propios y extraños la situación de miseria y desgradación moral del país.

En este punto estaban las cosas cuando el conde Arthur de Gobineau publicó sus meditaciones sobre la naturaleza del hombre en los cuatro volúmenes del *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*; obra que constituyó, sin lugar a dudas, la manifestación mejor articulada del racismo europeo.¹⁷ Sobre Gobineau se ha discutido mucho y aún se sigue discutiendo, lo que da una medida de la vitalidad de sus ideas. Como representante de la nobleza gala propaló la superioridad de la raza aria sobre las otras y legitimó con ello la dominación de los nobles sobre los plebeyos, que las ideas difundidas por la Revolución Francesa cuestionaban.

Para él, la desigualdad de las razas explica el distinto desarrollo histórico de los pueblos; las razas superiores impulsan el progreso, las inferiores —como la india americana— están social y culturalmente limitadas por la herencia y destinadas a obedecer a sus conquistadores. Cuando éstos se mezclan con los conquistados las sociedades degeneran, porque la sangre no puede conservar sus cualidades originales y la civilización decae. La unidad de acción y de ideas no es, entonces, posible y los conflictos y las revoluciones se multiplican hasta dar al traste con los pueblos mezclados, como bien lo demuestra el caso de los países mestizo-americanos. La retrogresión de estas naciones se corresponde exactamente con la cantidad y la calidad de la adulteración de su sangre debida a la mezcla.

La teoría de Gobineau, por supuesto, científicamente es insostenible; las capacidades del hombre no están determinadas preponderantemente por la raza, ni la mezcla racial tiene nada que ver con la decadencia o el florecimiento de las culturas; mas, por el

tiempo en que la proclamó la antropología y la sociología, todavía en su tierna minoría de edad, desconocían estos hechos. Muchos fueron los pensadores que se sintieron atraídos por la fascinante teoría y más aún quienes con ella validaron la expansión colonial de los países europeos.

Durante el siglo decimonono México experimentó un proceso de desarrollo secundario; todas sus ideas provenían de fuera, en gran parte elaboradas en Francia. El impacto de las propaladas por Gobineau y sus numerosos seguidores sacudieron la conciencia del país que vio de pronto a sus indios catalogados como raza inferior y a sus mestizos acusados de ser origen y prueba de su degradación. Por otra parte, la pronta fama que alcanzaron los primeros principios de Spencer y su darwinismo social le ganaron adictos entre los positivistas más conservadores que, como Justo Sierra, se afiliaron al organicismo inglés y a la teoría de la selección y de la supervivencia del más apto en materia social.¹⁸

El racismo y el darwinismo social, sin embargo, no fueron adoptados con sus contenidos originales al ser trasvasados a la circunstancia mexicana; sufrieron modificaciones y retorcimientos tan inesperados que vinieron a quedar volteados de revés. El mestizo, tan abominado por los pensadores europeos, en manos de los mexicanos se convirtió en la raza superior. Este proceso, que tiene sus primeras manifestaciones en la raciología del Nigromante, según ya fue advertido, viene a tomar una configuración definida con don Justo, adquiere vigor con Molina Enríquez y alcanza su apogeo en el mito vasconceliano de la raza cósmica.

El drama de la intervención extranjera había concluido con el trágico fin de sus actores, y un indio, Juárez, se hallaba al frente de los destinos del país ocupando el más alto sitial del gobierno republicano; otros indios y muchos mestizos más, entre los cuales figuraba Porfirio Díaz, el futuro dictador, sobresalían en las artes, la ciencia, las letras y la milicia. Difícilmente el racismo y el darwinismo social podían tener en México las tonalidades y propósitos europeos. Don Justo, en un célebre ensayo en que interpreta el desarrollo histórico del país, estratifica a la población en tres grupos raciales; los indios, los criollos y los mestizos. Sitúa a los primeros en el escaño inferior; son los menos aptos como lo demuestra el hecho de haber sido vencidos por los criollos en la lucha por la tierra, que era la lucha por la vida. Pero se cuida bien de asignar al indio incapacidades connaturales; la razón de su decadencia para él es un “problema de nutrición y educación” cuyo

desenlace podía convertirlo en factor de progreso al transformarse “en nosotros, en los mestizos”¹⁹

Los criollos, descendientes de los conquistadores españoles, al emerger como grupo dominante con la guerra de Independencia, afiliaron sus intereses y sus lealtades en las filas del retroceso y vincularon su destino con el clero “que se obstinaba en impedir la constitución de nuestra nacionalidad sobre la base de las ideas nuevas, hoy comunes a la sociedad civilizada” Los más de ellos terminaron por meterse en la aventura de la intervención postulando “la incapacidad racial del pueblo mexicano para gobernarse a sí mismo” y, al ser vencidos en la lucha por el progreso, acabaron por formar “una pseudo-aristocracia sin raíces en el pasado, sin tradición, sin historia, sin sangre, sin porvenir”²⁰ Parece innecesario decir que Sierra ubica a este grupo racial en escaño inmediatamente arriba del indio; pero no en el más alto. Éste, sorpresivamente, lo reserva para el mestizo, la raza bastarda.

Para poder situarlo en tan elevada alcornia, don Justo tuvo necesidad de refutar la creencia generalizada en el mundo letrado de que la mezcla de europeos con razas inferiores daba “origen a poblaciones bastardas, sin energía, sin porvenir y completamente incapaces de contribuir con el más debil contingente al progreso de la civilización”, según lo expresó Gustavo Le Bon.²¹ Sierra inició la defensa con estas palabras:

Mucho se ha dicho en pro y en contra de las familias mezcladas o mestizas. Ha tiempo que los sabios extranjeros nos han acostumbrado a declaraciones dogmáticas respecto de los antecedentes y consecuentes de nuestro estado político y social, y esas sentencias son por tal modo desconsoladoras, que si ellas fueran conclusiones realmente científicas, desesperaríamos de nosotros mismos; las energías para el bien que en nosotros sentimos nos parecerían facticias. . . apoyándonos en el mismo método que pretenden seguir los condenadores infalibles de nuestro porvenir, protestamos contra sus inducciones, que no son científicas porque dimanen de observaciones deficientes de los hechos; que no son legítimas porque de nuestra corta vida nacional no puede inferirse a manera de ley sociológica la profecía de nuestra incurable impotencia.²²

Don Justo continúa:

Si se estudiase nuestra historia se vería que la independencia y la Reforma no son mas que actos de inmensa energía de la raza bastarda de México. . . La familia mestiza, llamada a absorber en su seno a los elementos que la engendraron, a pesar de errores y vicios que su juven-

tud y su falta de educación explican de sobra, ha constituido el factor dinámico en nuestra historia; ella, revolucionando unas veces y organizando otras, ha movido o comenzado a mover las riquezas estancadas en nuestro suelo.²³

La inteligencia de Sierra le salvó de caer en la trampa de un darwinismo social ortodoxo; la defensa y elevación de la raza bastarda fue en su tiempo —1890— un acto de valor intelectual que hoy apenas podemos comprender en su exacta significación.

En conocido estudio sobre el pensamiento positivo, Leopoldo Zea hace notar el dominio que logró adquirir la escuela spenceriana sobre la comtiana al consolidarse la dictadura porfirista; a tal punto llegó ese imperio que el darwinismo social pudo establecerse como la filosofía de la clase dominante.²⁴ Justo Sierra llamó a Spencer “el más insigne pensador de nuestra época”, pero se apartó de sus premisas ideológicas cuando no encajaron en la circunstancia mexicana y, entonces, pasaba “con armas y todo a la doctrina de Comte”²⁵ Hubo, sin embargo, un terrible polemista, don Francisco Bulnes, que permaneció fiel al grupo oligárquico en sus consecuencias trascendentes. Siguiendo a Feuerbach y a otros tratadistas que pusieron gran énfasis en los factores nutricionales como determinantes de la diversidad racial y sostuvieron que el genio de los pueblos depende de la clase de su alimentación —*ist was er isst*, el hombre es lo que come—,²⁶ Bulnes levantó una teoría *ad hoc* para demostrar la superioridad del blanco sobre el indio y el asiático, con base en la dieta básica que consumían.

La tesis tuvo una enorme resonancia durante el porfiriato y alcanzó a oírse décadas después de su debacle; fue dada a conocer a la vuelta del siglo y proponía una ingeniosa estratificación que colocaba a la raza del trigo en la posición superior. Las grandes culturas de la antigüedad, argüía don Francisco, se erigieron sin excepción sobre los campos de trigo. En el casillero inmediatamente inferior situaba a los indios, la raza del maíz, que fundara en América dos imperios en apariencia poderosos, el azteca y el inca, “pero débiles al grado de caer para siempre vencidos, por insignificantes gavillas de bandoleros españoles”. En la posición más baja ubica a la raza del arroz, que expresa la debilidad suprema; raza que estableció “dos tenebrosos imperios, animalizados por su espíritu conservador, como por un instinto de tortuga inmóvil, en el fondo de los fangos de sombrías ignorancias. Estos dos imperios fueron la India de los brahmas y China”.²⁷

En nuestros días Josué de Castro, en su célebre *Geografía da*

Fôme, ha vuelto a resucitar la teoría de la nutrición para explicar la fertilidad diferencial de los pueblos desarrollados y los *subdesenvuolvidos*; al igual que Bulnes ha tenido un enorme éxito al propalar un credo en el que los hechos sociales y los fenómenos biológicos se traslapan incorregiblemente, pero, a diferencia del mexicano extrae de sus premisas consecuencias revolucionarias. Bulnes, a decir verdad, propuso su raciología alimentaria con el intencionado propósito de hacerle ambiente favorable a la colonización europea que los científicos porfiristas desesperadamente trataban de atraer, para transformar —transformar fue el término que los pensadores decimononos utilizaron para connotar lo que hoy día es costumbre denominar cambio sociocultural— a México en una nación próspera y civilizada. El haber asignado el escaño más bajo a la raza del arroz llevaba por finalidad desacreditar la corriente migratoria china que para la última década del siglo amenazaba con desbordarse.

El darwinismo social no sólo se granjeó la voluntad de los positivistas spencerianos; hizo también chuzas entre los comtianos. En los Anales de la Asociación Metodófila fundada por don Gabino Barreda, maestro epónimo, se publicó un ensayo, firmado por Manuel Ramos e intitulado *Estudio de las relaciones entre la sociología y la biología*, que Zea comenta críticamente. Para Ramos las ciencias sociales tienen aplicación en la resolución de los problemas que aquejan a las naciones y las leyes biológicas, que son válidas para todo hombre, deben ser tomadas en cuenta para gobernar. Una de éstas es la ley de supervivencia del más apto.

Cada individuo —dice textualmente— sucumbe porque no puede resistir a las numerosas causas de destrucción que todos conocemos; pero la resistencia varía mucho en los individuos, según sea su constitución, su carácter, su posición social, etcétera; si se suprime una o varias de las causas de destrucción, el número de los débiles aumentará, dejando una posteridad débil como ellos, al mismo tiempo que, aumentando la intensidad de las causas de destrucción que han subsistido, el resultado será que la raza será más numerosa pero más débil.²⁸

Faltaríamos a la equidad si dijéramos que las ideas arriba expuestas contaban con la aceptación general entre los pensadores. Agustín Aragón, alma de la *Revista Positiva* desde su fundación en 1901 hasta su clausura en 1914, el primero de los años mencionados formuló un comentario crítico, en el que hizo una refutación serena y meditada al dogmatismo de José Ives Limantour, uno de los *científicos* más caracterizados del porfirismo, en donde

sin titubeos afirmó: “aun suponiendo bien fundada la doctrina de la lucha por la existencia en el terreno biológico, no estamos autorizados a generalizarlos al orden social”. El mismo año, otro de los colaboradores de la revista, Telésforo García, igualmente declaró su convicción de que nada importa la comunidad de sangre o la igualdad étnica puesto que es la identidad de propensiones e ideales lo que determina el tipo viviente. Luis Meza, en reseña a la obra de Bulnes dos años después de su aparición, hizo notar su poca consistencia científica con el argumento de que la raza india, “si es educada en mejor medio”, deja de parecer inferior.²⁹

Esta otra cara del positivismo porfiriano nos permite comprender por qué un principio básico de la política indigenista actual que Alfonso Caso, su principal exponente, postula como el primero de sus ideales y le frasea: “El problema indígena en México no es un problema racial. La distinción entre indígena y no indígena estriba en una diferencia de cultura”³⁰ —había sido establecido como norma en 1904, por José López Portillo y Rojas, en los siguientes términos: “la división verdadera que existe entre los hombres no estriba en las razas, sino en la cultura”.³¹ Otro positivista comtiano, Ricardo García Granados, expresó en 1910, un poco antes de la caída del régimen del *orden y progreso*, igual credo con palabras semejantes: “las diversidades entre los hombres no son en primer término antropológicas, sino producto de su cultura”.³²

Manuel Gamio, en 1916 comentó *La mente del hombre primitivo*, obra de su maestro Franz Boas, y al hacerlo confirmó una posición que claramente había manifestado en sus primeros escritos de 1907. Coincidiendo en todo con Meza, dijo: “no existe la pretendida inferioridad innata que se atribuye a algunos . . . grupos en relación con otros, sino que es producida por . . . causas de educación y medio”.³³ El mismo Gamio, en 1935, volvió a insistir en el asunto:

Unimos sin reserva nuestra opinión . . . a la de los más ilustres pensadores contemporáneos que creen que, desde los puntos de vista psicológico, antropológico, etcétera, no existen diferencias fundamentales entre las razas o grupos étnicos que constituyen la humanidad, siendo sólo motivos circunstanciales de educación y medio los que producen sus distintas situaciones de economía, poder material, cultura, etcétera.³⁴

La continuidad del pensamiento positivo, en lo que atañe a la oposición entre raza y cultura, tal y como se desprende de la exposición que de ella hacen los estudiosos arriba mencionados, no puede ser más evidente. La afinidad no sólo se encuentra en los

conceptos, sino que aún se extiende al uso de vocablos similares. Pero tal vez más importante que la continuidad del pensamiento es la permanencia de la contradicción, ostensible ya para el último tercio del siglo anterior, entre los positivistas spencerianos que se afiliaron al racismo o al darwinismo social y quienes los impugnaban, en su mayoría comtianos ortodoxos, con base en la interpretación cultural del hombre. Al persistir la opugnación durante los inicios y el curso ulterior de la revolución de 1910, la contradicción de posiciones tomó un vigor mayor, un ritmo más rápido y, a ratos, una violencia inusitada, para terminar conjugando los elementos opuestos en la síntesis racial y cultural simbolizada por el mestizo.

Ricardo García Granados representa tal vez el mejor momento de la posición cultural positivista. Provisto de una vasta información sobre el pensamiento social de su época, en 1910 publicó en la *Revista Positiva*, capítulo a capítulo, un notable ensayo, *El concepto científico de la historia*, del cual dedicó el tercero al análisis de la raza como factor histórico.³³ Toma la obra de Gobineau como punto de partida para exponer su posición y apoyándose en Finot la califica como una cruel condenación de las razas llamadas inferiores, en donde los campeones de la opresión y de la persecución de los débiles han encontrado siempre argumentos.

Para comprender lo insostenible de la teoría de Gobineau, dice don Ricardo, basta apenas darse cuenta de la imposibilidad de que existan, o hayan existido en épocas históricas, razas puras. Hace más de cien mil años Europa ha estado habitada y las leyes que dan cierta luz en cuanto a los acontecimientos remotos informan que las razas están destinadas a mezclarse constantemente, so pena de perecer. La degeneración y lenta extinción de las aristocracias que se substraen al proceso de amalgamación es un ejemplo que viene al caso. No obstante ello, argumenta, además de los que creen en las razas puras y en la superioridad de unas respecto a otras, hay quienes sostienen que la mezcla de dos razas disímiles da resultados desfavorables. Una investigación imparcial, sin embargo, revela que mestizos y mulatos tienen una gran vitalidad y que su fecundidad está fuera de toda duda.

La perversidad de carácter, sigue diciendo, entre los hombres de raza mezclada tiene causas sociales y no antropológicas, esto es, biológicas. Los instintos más bajos de la naturaleza humana, la hipocresía, la codicia, la falsedad y el odio a las instituciones políticas y sociales se presenta de preferencia en los países donde la preocupación del pueblo dominador hacia los dominados es más

intensa y en donde se les excluye con más rigor de los círculos y empleos superiores, como en los Estados Unidos y la India bajo los ingleses. En los países latinoamericanos, concluye, en donde por lo general no se hacen distinciones de raza, en mestizos y mulatos no puede descubrirse más inferioridad que la que trae consigo la falta de educación.

En cuanto al producto de la mezcla de la raza india y la blanca en México el resultado es favorable. Los profesores en nuestras escuelas están de acuerdo en que no hay diferencia intelectual entre sus discípulos, según su raza, y todos sabemos que un gran número de nuestros hombres más notables han sido de raza indígena o mestiza. Termina García Granados su razonamiento afirmando textualmente:

En vista de los hechos referidos podemos asegurar que todas las razas tienen la aptitud a elevarse al grado más alto de civilización, siempre que las circunstancias y las condiciones sociales favorezcan la evolución progresiva. Sin embargo, hay que advertir que durante el proceso de amalgamación de varias razas, cuando el pueblo no ha adquirido la conciencia de formar un conjunto orgánico, las instituciones políticas y sociales son por lo general defectuosas y los trastornos frecuentes; pero una vez que se han unificado los ideales y aspiraciones y una vez que con la homogeneidad étnica nace el espíritu de solidaridad, se constituye una nación con todas sus cualidades de fuerza, individualidad e iniciativa.³⁶

Don Ricardo llegó finalmente al punto que deseaba alcanzar: la necesidad del mestizaje para el logro de la homogeneidad étnica requerida para la formación de la nacionalidad. Frederick Starr, antropólogo de la Universidad de Chicago, que recorrió el país por la última década del siglo pasado y primera del presente, el año de 1908 calculó en un tercio su población india, en algunas partes tan india que “casi parece como si la sangre blanca, que alguna vez existió, se hubiese desvanecido”.³⁷ Este hecho, en toda su desnuda realidad, constituía la preocupación mayor del pensamiento antropológico. Gamio, al fijar las condiciones eficientes para la consecución de una nacionalidad definida, nombró en primer término la unidad étnica de la mayoría de la población, esto es, la necesidad de que los habitantes de la patria pertenecieran a la misma raza o, cuando menos, a tipos étnicos muy cercanos entre sí.³⁸

En México esto sólo podía obtenerlo un proceso gradual e irreversible de mestizaje, porque tanto la unión de blancos e indios

cuanto la de mestizos con cualesquiera de los otros grupos engendran productos mestizos; de ahí el desvelo de los estudiosos por defender o exaltar el mestizaje. En este sentido los pensadores mexicanos se apartaron grandemente de la conducta que siguieron los pensadores europeos; éstos ponían la fuerza unificadora en una supuesta unidad racial obtenida a base del logro de un linaje puro, sin mezcla o mácula.³⁹ La innovación mexicana residía precisamente en la búsqueda contraria; la única unicidad que le era posible, la unicidad en la mezcla. El orgullo nacional en la fusión racial surgió por eso tan vigoroso que la revolución de 1910 hizo de ella uno de sus postulados reivindicatorios y de la incorporación del indio a la nacionalidad uno de sus propósitos más eminentes.

Pero es forzoso que hagamos una distinción. Mientras García Granados y Manuel Gamio contradijeron el racismo europeo negando a todas las razas, incluso a la mestiza, superioridad de clase alguna y a la unidad en la raza pura opusieron la unidad en la multitud de la fusión étnica, otros pensadores siguieron un camino distinto para alcanzar el mismo objetivo. Andrés Molina Enríquez y José Vasconcelos, uno en 1909, otro en 1925, en lugar de ocuparse en negar la superioridad de una raza respecto de las otras, simplemente colocaron esa superioridad en el mestizo con el mismo derecho que llevó a los racistas europeos a ubicarla en el blanco, esto es, tergiversando la *sindéresis* del razonamiento científico.⁴⁰

Al calificar la posición política de una persona es frecuente que la ubiquemos en el casillero de los conservadores o los revolucionarios sin considerar en su totalidad el contexto de sus ideas. En México muchos positivistas se llamaron a sí mismos liberales e hicieron gala de un anticlericalismo furibundo y una xenofobia que les llevó a manifestar una aversión honda por los norteamericanos. Ante los ojos del público esto les hace aparecer como materialistas y antimperialistas al modo marxista; nada más erróneo, los positivistas mexicanos al igual que sus colegas europeos, como bien lo ha demostrado Leopoldo Zea, eran profundamente conservadores. Molina Enríquez fue uno de esos conservadores que en el panteón de nuestros héroes aparece, primero como precursor y luego como revolucionario. José Vasconcelos, por equívocos semejantes entre los cuales el mayor fue el haber servido una secretaría de estado en un régimen revolucionario, ha sido también generalmente calificado como progresista no habiéndolo sido; de ahí que sus actos posteriores, consecuentemente, se tomen como desviaciones de una ideología que nunca sustentó.

Viene esto al caso porque ambos pensadores, ostensible o encu-

biertamente, se afiliaron a la esencia misma del darwinismo social no obstante que el filósofo oaxaqueño constantemente combatió esta doctrina cuando en otros se expresaba. Para don Andrés las razas humanas, en el curso de su formación, van paso a paso mejorando en la eficacia de su acción y de su resistencia de tal modo que aquellas que alcanzan un grado más adelantado en su desenvolvimiento adquieren evidente superioridad. El proceso está determinado por dos fuerzas de signo opuesto o cuando menos, independientes en su operación; la evolución y la selección. Las razas blancas se pueden considerar superiores a las indígenas por la mayor eficacia de su acción, resultado lógico de su más adelantada evolución; en cambio, las razas indígenas pueden considerarse superiores a las blancas por la mayor eficacia de su resistencia, consecuencia lógica de su más adelantada selección. Entre las energías de acción y resistencia hay un equilibrio que al fin y al cabo se rompe en favor de la última. La acción se cansa más pronto que la resistencia. La raza española en América agotó sus energías como lo demuestra la debilidad de España misma y la de los criollos en los países latinoamericanos. La energía de resistencia se siente "palpitar" en los indios pero se manifiesta en el creciente desarrollo del mestizo.⁴¹

Por este camino Molina Enríquez llega a afirmar que el mestizo, indudablemente, es el elemento más fuerte

puesto que en una larga carrera que ha durado más de tres siglos, a través de inmensas dificultades y en lucha con los demás elementos —el blanco y el indio— ha llegado a preponderar. Su fuerza le viene de su sangre indígena, y como está en contacto íntimo y en constante cruzamiento con el elemento indígena que es todavía numeroso, puede renovar y renueva de un modo incesante sus energías.⁴²

La historia colonial fue una lucha continuada entre los dos elementos raciales primitivos articulados en el país, cada uno jalando en la dirección opuesta de sus respectivas culturas, arrastrando al mestizo en un sentido o en otro. En el juego de las opuestas fuerzas los elementos originales pierden sus energías y el mestizo, finalmente, impone la fuerza de la acción y la resistencia que respectivamente heredó de blancos e indios. Esto viene a suceder en 1854, cuando don Juan Álvarez con su Plan de Ayutla, hizo ingresar al mestizo en la historia de México como la raza dominante en número y potencia.⁴³

Cuando a la sangre española e india se mezcla la sangre negra la consecuencia es un mestizo de tipo especial, al parecer no muy del

agrado de don Andrés. Los blancos, nos dice, repugnan mucho la sangre negra y aunque los indios, por afinidades atávicas, la repugnan menos, la amalgama con el africano no llega a generar un ser definitivo sino uno “antropológicamente oscilante”; el producto física y moralmente es confuso, da saltos inesperados de una sangre a otra y hace muy difícil su asimilación. El triple mestizaje es particularmente notable en el Estado de Morelos —lugar de origen del movimiento agrario que encabezó Zapata muy pocos años después de que esto se escribiera—; pero no es raro en las demás regiones del país, incluso en la capital.⁴⁴

Las resistencias a la unificación del tipo morfológico, sin embargo, parten de todos los elementos y de todos los grupos; no sólo del negro. La cuestión es importante porque el tipo morfológico es una de las causas que más obran para mantener las diferencias que separan a los grupos sociales, dada su gran visibilidad. Desafortunadamente, su modificación tiene que ser más obra de la naturaleza que de los propósitos humanos; lo único que podemos hacer es dejar en libertad las fuerzas que conducen al mestizaje: “basta que el elemento mestizo predomine como grupo político y como grupo social y con que eleve su número hasta anegar a los otros”.⁴⁵ La predominancia del mestizo como elemento étnico y clase rectora permitirá, como resultado trascendente la constitución de una nación y como resultante la consolidación de la idea de patriotismo.

Aunque Vasconcelos representa en México la reacción intuitiva contra el materialismo positivo y no pierde ocasión para lanzar ríos de injuria e invectiva contra los científicos del porfiriato, toda la argumentación en que funda su evangelio mestizo está basada en el positivismo de Comte o en el de Spencer. La filosofía biológica que proclama no deja de ser darwinismo puro por el simple hecho de que le llame mendelismo y le asigne finalidades que no son dominicales. Don José afirma:

Uno de los primeros pasos hacia nuestra regeneración moral, por los que he abogado en México, es el abandono de esta ciega creencia en ciertas deducciones precipitadas del darwinismo y su sustitución por el mendelismo en nuestra filosofía biológica, ya que nosotros podemos encontrar en la hipótesis de vida mendeliana más esperanza racial y más fortaleza y fe individual. Las teorías científicas modernas, como los credos religiosos de los viejos tiempos, en muchos casos son simplemente la justificación intelectual de las fatalidades de la conquista y de la avaricia comercial.⁴⁶

Vasconcelos acepta, con Comte, que las diferencias entre las razas dependen más de la capacidad de hacer ciertas cosas con exclusión de otras que de graduaciones en su desenvolvimiento. Para él algunas razas desarrollan especiales habilidades artísticas, otras razas aptitudes comerciales y así sucesivamente. De este hecho desprende como conclusión la complementariedad racial al través del mestizaje; el tipo mestizo de cultura es el único que tiende a resolver la debilidad original de su tronco racial mediante el intercambio y la asimilación con todo el mundo. La bondad de la conducta propuesta la dan los grandes periodos de la historia que han sido el trabajo de una mezcla de razas, de pueblos y culturas, más bien que la obra de cualquier nación privilegiada de pura sangre.⁴⁷

En lugar del modo de vida competitivo por el que abogan los defensores de la civilización de raza pura, los imperialistas, los conquistadores y los aristócratas, don José propone la adopción de la forma cooperativa, colaborativa, de la organización interracial; en lugar de la lucha por la vida y la supervivencia del más apto, la colaboración de todos los esfuerzos humanos para la producción de una variedad en cualidad. La salvación del hombre habrá de realizarse no por la elección de un cierto tipo más o menos fuerte, sino mediante la utilización de todas las aptitudes particulares con el propósito de crear valores superiores.⁴⁸ La ventaja de la mezcla de razas una vez reconocida borrará el prejuicio racial que hoy día existe, creado por el colonialismo inglés.

La superioridad de la raza cósmica es en seguida el motivo de preocupación del mendelismo vasconceliano, como cuando nos dice que si observamos de cerca la naturaleza humana advertiremos que el hibridismo en el hombre, como en las plantas, tiende a producir mejores tipos y tiende a rejuvenecer aquellos que se han vuelto estáticos. Si recorremos la historia, insiste don José, veremos que después de un periodo de adaptación los resultados de la renovación de sangre son siempre benéficos.⁴⁹ En América Latina, y en lo particular en México, el mestizo quiérase o no se quiera es un hecho, es el elemento predominante, con su gran vivacidad mental, su temperamento inconstante y escasa voluntad. En él la mezcla de dos diferentes almas al través de la herencia ha producido una disposición anímica mucho más amplia. Desde el punto de vista puramente intelectual, asevera Vasconcelos, dudo que haya una raza con menos prejuicio, más pronta a tomar casi cualquier aventura mental, más sutil y más variada que la mestiza.⁵⁰

Por el camino de la filosofía biológica Vasconcelos halla la esperanza de que el mestizo producirá una civilización más universal

en sus tendencias que cualquiera otra raza en el pasado. Ciertamente —acepta—, somos inestables; pero esto fácilmente puede entenderlo el biólogo, ya que somos un producto nuevo, una nueva progenie, aún no enteramente moldeada. Esta debilidad puede ser superada si logramos una clara definición de nuestras metas y nos consagramos a una tarea grande y definida.

La lucha del mestizo es la lucha del futuro porque cada día la humanidad se pondrá más y más en contacto y la mezcla de todas clases de sangre y pensamiento y sentimiento irán en aumento y con ello los fenómenos y los problemas del mestizaje se volverán universales. Pero si aun esto no fuese verdadero, en México, donde el mestizo predomina tan abundantemente, nada hay que podamos hacer excepto ir adelante con la situación que la naturaleza nos deparó y proseguir creando aquello que requiere nuestro propio problema y nuestra propia misión. Cada país construye teorías para justificar su política y fortalecer sus hazañas, desarrollemos en México nuestras propias teorías

Yo he comenzado a predicar —proclama Vasconcelos— el evangelio del mestizo tratando de imprimir en las mentes de la nueva raza la conciencia de su misión como edificadora de conceptos sobre la vida enteramente nuevos. Pero si la raza mezclada va a ser capaz de hacer algo es necesario primero darle fortaleza moral y fe en su propia destreza.⁵¹

Parece innecesario decir que ningún antropólogo mexicano suscribiría hoy día la filosofía biológica de Vasconcelos, no porque sea esencialmente falsa sino porque se apoya en relaciones de causa a efecto, entre raza y cultura, que no han sido demostradas; con ello en modo alguno se quiere decir que esas relaciones no existan, simplemente que su verificación no ha sido probada. Cualquiera que sea la validez de la teoría cósmica de Vasconcelos, lo cierto es que con él culmina una tendencia del pensamiento antropológico mexicano que puso en muy alta estima al mestizo, tanto por el camino de la raza cuanto por el de la cultura. Al trastocar los valores asignados al hombre de mezcla por la civilización occidental y al poner en la raza bastarda el orgullo nacional esa tendencia difundió por toda América una nueva ideología, la del indigenismo, como expresión cultural de ese fenómeno biológico.⁵²

La oposición raza-cultura no es un proceso cuya resolución sea fácil; se levanta y hunde según sea el signo dominante de las pasiones en un momento dado de la historia contemporánea. Durante los años comprendidos entre las dos últimas guerras el racismo vol-

vió a florecer y alcanzó un auge insólito con el arianismo nazi. El prejuicio contra el negro, el judío y el mestizo hizo renacer una abundantísima propaganda que, aprovechando los medios de comunicación de masas, alcanzó una amplia difusión y un impacto que se estaba muy lejos de sospechar. En México, el movimiento sinarquista, proyección del falangismo español, llegó a conmover a grupos numerosos de campesinos, algunos de ellos indios, que alguien malévola-mente llamó “nazis de huarache”

Una vez más el pensamiento antropológico mexicano se vio obligado a retomar el problema y desmenuzarlo en sus premisas para buscarle un desenlace. En esta ocasión tócale a Juan Comas velar las armas y presentar combate usando, razonadamente, los instrumentos que ya para entonces había elaborado la antropología, la genética y la psicología. En una publicación reciente resumió ideas, argumentos y pruebas de un debate que ha venido sosteniendo por más de veinticinco años.⁵³ En el trabajo aludido se encuentran las bases científicas del credo que hoy sostiene la UNESCO, organismo internacional que ha estado particularmente interesado en hacer menos tensas las relaciones entre las razas.

Comas intervino en la redacción de la *Declaración sobre la raza y las diferencias raciales* que preparó el citado organismo y que constituye hoy en día la doctrina oficial de la mayoría de los países del mundo, incluso México. En ella se postula la unidad de la especie humana y se distinguen con claridad meridiana los factores genéticos de los culturales, como determinantes de la variedad entre los hombres; se niega justificación a los conceptos de superioridad e inferioridad de los potenciales hereditarios y se afirma la convicción de que todos los pueblos tienen capacidad biológica para alcanzar cualquier nivel de civilización. En suma, la oposición entre raza y cultura no se quiso o no se pudo resolver dialécticamente por la conjugación de los elementos contrarios sino mediante una acusada determinación que los mantiene separados; lo cual prolonga indefinidamente el proceso.

El traslado del problema al campo de las relaciones sociales al través de la identificación de sus términos con la lucha de clases, parece abrirle al pensamiento antropológico mexicano un nuevo marco de referencia para repensar el asunto. La tendencia a negar la etnicidad del indio y la del negro para otorgarles categoría de clase social, patente en la nueva generación de antropólogos, deja entrever la dirección que tomará la controversia. El materialismo positivo ya había dado un indicio de ella cuando uno de sus voceros eminentes, José López Portillo y Rojas, sorprendentemente afirmó:

“Puede decirse, en cierto modo, que el indio civilizado deja de ser indio, así como los negros y los amarillos civilizados, dejan de ser negros y amarillos.”⁵⁴

¹ Pierre L. van den Berghe. *Race and Racism. A comparative perspective*. John Wiley & Sons, New York (1967): 3.

² Gonzalo Aguirre Beltrán. *La población negra de México. 1519-1810. Estudio etnohistórico*. Ediciones Fuente Cultural, México (1946): 271.

³ Alejandro de Humboldt. *Ensayo político sobre el reino de Nueva España*. Traducción de Vicente González Arnao. 4 vols. París (1822): I. 262.

⁴ Magnus Mörner. *El mestizaje en la historia de Ibero-América*. Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México (1961): 15.

⁵ Francisco Pimentel. *Memoria sobre las causas que han originado la situación actual de la raza indígena de México y medios de remediarla*. Imprenta de Andrade y Escalante, México (1864): 239.

⁶ *Ibid.*, 212.

⁷ Francisco Javier Clavijero. *Historia antigua de México*, 2 vols. Jalapa (1868): 2.236.

⁸ Justo Sierra. *Obras completas*. Revisada y ordenada por Agustín Yáñez. UNAM, México (1948): 9.136.

⁹ Gonzalo Aguirre Beltrán. *Cuijla. Esbozo etnográfico de un pueblo negro*. Fondo de Cultura Económica, México (1958).

¹⁰ Gonzalo Aguirre Beltrán. “La integración de la población negra en la sociedad nacional.” *Conference on Race and Class in Latin America during the National Period*, held in New York City in December, 1965.

¹¹ José María Luis Mora. *México y sus revoluciones*. 3 vols. Editorial Porrúa, México (1965): I.63.

¹² *Ibid.*, I.65

¹³ Roger Bastide. “El positivismo brasileño y la incorporación del proletariado de color a la civilización occidental.” *Revista Mexicana de Sociología*, 8 (1946): 371-388.

¹⁴ Ignacio Ramírez. *Obras*, 2 vols. Secretaría de Fomento, México (1889): I.207.

¹⁵ Martin S. Stabb. “Indigenism and Racism in Mexican Thought.” *Journal of Inter-American Studies*. 1 (1959): 405-423.

¹⁶ Pimentel: 203.

¹⁷ Nicolás F. Timasheff. *La teoría sociológica. Su naturaleza y desarrollo*. F.C.E., México (1968).

¹⁸ Leopoldo Zea. *El positivismo en México. Nacimiento, apogeo y decadencia*. F.C.E., México (1968): 407-421; capítulo sobre “Justo Sierra: Teoría sobre el progreso mexicano”.

¹⁹ Sierra IX. 126-7; citado por Zea 409.

²⁰ Sierra IX. 131; citado por Zea 412.

²¹ Sierra IX. 129; citado por Zea 410.

²² Sierra IX. 128; citado por Stabb, *op. cit.*

²³ Sierra IX. 130; citado por Zea 414.

²⁴ Zea 418.

²⁵ Sierra VIII. 111; citado por Stabb, *op. cit.*

²⁶ *Revista Positiva*. Tipografía Económica, México, 10 (1810): 176.

- 27 Francisco Bulnes. *El porvenir de las naciones latinoamericanas ante las recientes conquistas de Europa y Norteamérica*. El pensamiento vivo de América. México (s.f.): 11. La primera edición es de 1899.
- 28 *Anales de la Asociación Metodófila Gabino Barreda*. Imprenta del Comercio de Dublán y Chávez (1877). Citado por Zea (1943): 180.
- 29 *Revista Positiva*, 2 (1902): 97. Citado por Stabb: *loc. cit.*
- 30 Alfonso Caso. "Los ideales de la acción indigenista." En *Realidades y Proyectos*. Memorias del Instituto Nacional Indigenista, México, 10 (1946): 11-13.
- 31 José López Portillo y Rojas. *La raza indígena. Breves reflexiones*. Imprenta de Mariano Viamonte, México (1904): 55.
- 32 Ricardo García Granados. "El concepto científico de la historia." *Revista Positiva*, 10 (1910): 76.
- 33 Manuel Gamio. *Forjando Patria*. Porrúa, México (1916): 38.
- 34 Manuel Gamio. *Hacia un México Nuevo*. México (1935): 25.
- 35 García Granados. *Op. cit.*, 77.
- 36 *Ibid.*, 79.
- 37 Frederick Starr. *In Indian Mexico. A narrative of travel and labor*. Forbes & Co. Chicago (1908): 396.
- 38 Gamio (1916): 10.
- 39 Frederick C. Turner. *The Dynamic of Mexican Nationalism*. The University of North Carolina Press, Chapel Hill (1968): 74.
- 40 Andrés Molina Enríquez. *Los grandes problemas nacionales*. Imprenta de A. Carranza e hijos, México (1909). José Vasconcelos. *La Raza Cósmica. Misión de la raza iberoamericana*, Barcelona, Agencia Mundial de Libroero (1925) Cap. El mestizaje. En *Indología*, Barcelona. A.M.L. (1925): XX, Vasconcelos confiesa que su teoría es "tan arbitraria y tan frágil como la tesis de la superioridad de los blancos".
- 41 Molina Enríquez (1909): 257.
- 42 *Ibid.*, 271.
- 43 Andrés Molina Enríquez. *La revolución Agraria de México*. Libro primero. Museo Nacional de Arqueología, México (1932): 125.
- 44 *Ibid.*, 122.
- 45 Molina Enríquez (1909): 317.
- 46 José Vasconcelos. "The race problem in Latin America." En *Aspects of Mexican Civilization*. Chicago University Press, Chicago (1926): 95.
- 47 *Ibid.*, 96.
- 48 *Ibid.*, 101.
- 49 *Ibid.*, 85.
- 50 *Ibid.*, 92.
- 51 *Ibid.*, 95
- 52 Gonzalo Aguirre Beltrán: *El proceso de Aculturación*. UNAM, México (1957): 126.
- 53 Juan Comas. "El polimorfismo racial y sus implicaciones sociales." *Anales de Antropología*, 4 (1967): 49-94.
- 54 López Portillo: *loc. cit.*